

DIA DE LA FAMILIA

En el Colegio, en vez de celebrar todos los años por separado el día del padre y el día de la madre, celebramos en cambio, el Día de la Familia. ¿Por qué? Porque papá y mamá siempre deben ir juntos ya que *'no son dos, sino una sola carne'*; y se necesitan el uno al otro, también para educar juntos a los hijos.

La familia está basada en la unión indisoluble del varón y la mujer, para complementarse por medio de un amor total, y para procrear y educar a los hijos (si Dios los envía). Es por eso que debe entenderse la sexualidad humana como un medio al servicio del amor conyugal y de la procreación.

Los seres humanos fuimos creados con una doble modalidad: varón y mujer. Es decir que fuimos creados sexuados. Iguales por completo en cuanto a dignidad y derechos, pero distintos y complementarios por los sexos.

¿Por qué Dios nos ha creado así? En base a los capítulos 1 y 2 del primer libro de la Biblia, el Génesis, podemos afirmar que la finalidad es la entrega amorosa total del hombre y la mujer, abierta a la vida. Se trata de formar una familia basada en el matrimonio, donde nacen y se educan los hijos: *"Dijo Dios: Hagamos al ser humano a nuestra imagen y semejanza; ...Y creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó; varón y mujer los creó. Y los bendijo Dios y les dijo: -Sean fecundos y multiplíquense"* (Gn 1,26.28).

"El Señor Dios dijo: -No es bueno que el hombre esté solo; voy a hacerle una ayuda adecuada... El Señor Dios formó una mujer y se la presentó al hombre. El hombre exclamó: -¡Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne! ...Por eso el hombre abandona padre y madre, se junta a su mujer y se hacen una sola carne" (Gn 2,18.23-24).

El efecto primario del matrimonio es la íntima comunión del varón y la mujer en el amor total, formando una sola carne. Pero esta unión amorosa está abierta a la procreación y educación de la prole.

De esa manera los esposos se convierten en cooperadores de Dios en el don de la vida a una nueva persona humana. Eva cuando nació su segundo hijo exclamó: *"He obtenido un hijo con el favor de Dios"* (Gn 4,1). Independientemente de la forma como haya tenido lugar nuestra concepción, Dios crea directamente el alma humana en ese momento. Eso nos hace personas.

La sexualidad resulta ser, así, un don de Dios para que lo pongamos al servicio del amor y de la vida. Es por eso que todo acto sexual debe ser conyugal. El acto sexual tiene, por naturaleza, un doble significado: 1º el de unir a los esposos en un amor total e indisoluble y 2º el de permanecer abiertos a la vida. El acto sexual, fuera de este contexto, carece del auténtico significado que Dios le dio.

Juan Pablo II ha escrito: *"El ser humano no puede vivir sin amor. Sin amor el hombre no se comprende a sí mismo; su vida sin amor no tiene sentido, si no le es revelado que el amor existe, si no descubre que él mismo es amado, si no aprende él mismo a amar"* (Redemptor Hominis 10).

La forma ordinaria como el ser humano cumple esta vocación al amor es en el matrimonio. Otros cristianos, imitando a Jesús, no se casan, para entregar su vida por la extensión del Reino de Dios y para servir a los más necesitados.

Dios es el creador de la familia, fundada sobre el matrimonio de Adán y Eva. Y ha establecido sus **finés** y sus **características** inmutables. Ya hemos indicado que los fines del matrimonio son dos: la mutua ayuda de los esposos en el amor, y la procreación y educación de los hijos. Y la característica del amor conyugal consiste en una entrega total, lo cual implica fidelidad e indisolubilidad.

La familia fundada en el matrimonio ofrece al hijo el ambiente óptimo para desarrollar al máximo todas sus potencialidades.

En ese clima de afecto natural que es el hogar, las personas son valoradas por sí mismas. Se les valora como fines y no como medios. La familia acoge con amor no sólo a las personas que son productivas, sino también a los niños, enfermos y ancianos; dándoles el cariño que no le pueden dar otras instituciones, públicas o privadas.

Cuando falta la familia, se crea en la persona que viene al mundo, una carencia de cariño preocupante y dolorosa, que pesará posteriormente durante toda la vida.

El buen funcionamiento de la sociedad está estrechamente relacionado con la prosperidad de la comunidad conyugal y familiar. A familias sanas corresponden sociedades sanas y viceversa: cuando la familia se desintegra, la sociedad se resiente. Pongan atención los políticos.

La familia proporciona los ciudadanos a la sociedad. La familia es anterior al Estado. La familia no está al servicio del Estado, sino al revés: el Estado está al servicio de la familia.

La naturaleza del matrimonio no depende de la decisión humana, pues es el mismo Dios es el autor del matrimonio y le ha fijado sus fines y características como ya hemos visto. El auténtico amor conyugal implica un compromiso definitivo, expresado con el consentimiento recíproco, irrevocable y público (los votos matrimoniales).

En la familia se da una particular cercanía e intensidad de los vínculos que se instauran entre las personas y las generaciones: padres, hijos, hermanos, abuelos, tíos, primos, cuñados, nueras, suegras, yernos, etc. De esta manera la familia se convierte en la célula básica de la sociedad.

A veces ocurre que un conjunto de pequeñas dificultades malinterpretadas, se amontonan en la vida de los esposos, obstaculizando la concordia mutua. No se sabe muchas veces cómo acertar, qué es lo oportuno proponer, cómo animar, qué conversaciones iniciar,... pequeñas dificultades a las que se suman pequeñas debilidades: pequeñas ofensas, el orgullo, el egoísmo, faltas de paciencia, respuestas precipitadas, pequeños rencores o envidias, reproches inoportunos,... Echar la culpa al otro de lo que sucede, como hizo Adán con Eva: "la mujer que me diste por compañera, me dio del árbol y comí" (Gn 3,12). Cada uno piensa tener razón.

Cuando surge la duda sobre la fidelidad, es terrible porque afecta a las esperanzas más grandes. Bloquea la acogida incondicional que hasta ahora se había prestado, y llega a paralizarse el amor. Se hace necesario ayudar a la pareja a reorientar su amor. Salvar el matrimonio es lo más importante.

Un adulterio jamás es una solución. Todo lo contrario. Encontrará sexo, pero no la entrega total que es propia de los esposos, ni la plenitud humana que solo se halla en el matrimonio. Lo último que los esposos quieren es romper su relación. Puede que en el calor de una discusión sea lo que con amargura digan. Pero no es ese el deseo más profundo. Lo que están pidiendo, quizá sin decirlo, es que se les sostenga en la fidelidad y se les ayude a perdonar.

Para ello contamos con Jesús en la Confesión y en la Eucaristía.